



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Nuestra América y la otra América

Autor: Terrazas Basante, Marcela

Forma sugerida de citar: Terrazas, M. (1991). Nuestra América y la otra América. *Cuadernos Americanos*, 3(27), 137-143.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 27, (mayo-junio de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NUESTRA AMÉRICA Y LA OTRA AMÉRICA

Por *Marcela* TERRAZAS BASANTE

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas —y mi honda es la de David.

José Martí, Carta de despedida
a Manuel Mercado, 1895.

JOSÉ MARTÍ, dice Fernández Retamar, consiguió discernir tempranamente el carácter específico y singular de la América hispana, distinguiéndola de España en particular y de Europa en general. Empero, fue su estancia en los Estados Unidos la que permitió al prócer definir el contrapunto de aquella concepción americana y diseñar la nueva imagen de *Nuestra América*.¹

Martí vivió en los Estados Unidos entre 1881 y 1895; su experiencia en esa nación marcó de manera indeleble su vida y produjo frutos riquísimos, entre otros *Madre América* y *Nuestra América*, obras ambas nacidas a raíz de la residencia del patricio en la Unión Americana y de sus observaciones sobre el Congreso de Washington en el otoño de 1889.²

Pero, ¿cuál fue la “otra América” que José Martí conoció? ¿Qué vio en las entrañas de la “América Europea”, como la llamó, que hizo al cubano pulsar la profunda diferencia entre Angloamérica e Hispanoamérica y puntualizar con finura el perfil de esta *Nuestra América*?

El libertador vivió en los Estados Unidos en las últimas décadas del siglo XIX, justamente cuando esta nación, con un extraordinario desarrollo industrializador, llegaba al llamado “fin de la fronte-

¹ Véase el prólogo de Roberto Fernández Retamar en José Martí, *Política de Nuestra América*, México, Siglo XXI, 1977, p 322.

² Martí escribió sus notas sobre el Congreso de Washington en la ciudad de Nueva York. Éstas fueron publicadas en el diario argentino *La Nación*, entre septiembre de 1889 y junio de 1890.

ra''. Era el término de un proceso excepcional de expansión territorial y repoblamiento que condujo a la estrecha franja costera atlántica, recién independizada de la metrópoli inglesa, a surcar horizontalmente el continente y lograr la anhelada transcontinentalidad.³ Aquella marcha hacia el Oeste, guiada por una profunda convicción en su Destino Manifiesto y alentada por la seguridad secularizada de la doctrina Monroe, demarcó la política de la joven república desde 1789 hasta 1890. Esta política se fincó en la certeza de que el hemisferio americano era el asiento incontestable del poder de la Unión Americana⁴ y en la idea de que el principal objetivo de todas las relaciones exteriores estadounidenses, cercanas o distantes, debían tender a la protección y al avance de la *civilización americana*, a la expansión de la fórmula perfecta de gobierno, encarnada en las instituciones democráticas republicanas y federalistas en el continente.⁵

Desde la fundación del primer asentamiento anglosajón en Jamestown, en 1607, hasta 1897, los Estados Unidos concentraron sus designios expansivos en el continente americano. Si bien es cierto que sus barcos mercantes navegaron por todos los mares en busca de prometedores mercados y pingües ganancias, y que oficiales como el comodoro Matheu Perry abrieron las puertas de lejanos mercados⁶ (Japón, 1854) y buscaron la anexión de islas distantes (Samoa en esos mismos años) o políticos sagaces (como William H. Seward, Secretario de Estado norteamericano entre 1861 y 1869) imaginaron la anexión de la Manchuria, el siglo que va del estable-

³ Cf. Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, 3a. ed., México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1986.

⁴ El testamento político de George Washington (septiembre de 1796) había señalado la conveniencia de que los Estados Unidos sostuvieran una política de neutralidad frente a los conflictos europeos. La Unión Americana sólo debía establecer alianzas temporales y nunca permanentes, lo que le permitiría mantenerse al margen de las pugnas de Europa y, con esta política aislacionista, los norteamericanos podrían desarrollar su economía en forma independiente y alentar su comercio exterior. Cf. Willy Paul Adams, *Los Estados Unidos de América*, 4a. ed., México, Siglo XXI, 1980, p. 55.

⁵ Charles A. and Mary Beard, *The Beard's New Basic History of the United States*, 3a. ed., Garden City, New York, Doubleday Company Inc., 1968, p. 319.

⁶ El comodoro Matthew C. Perry arrancó del gobierno japonés el tratado de Kanagawa por el que se establecieron las relaciones comerciales y diplomáticas entre los Estados Unidos y el imperio nipón.

cimiento del Estado-nación norteamericano (1789) al “fin de la frontera” (1890) fue una centuria durante la cual los Estados Unidos concentraron sus miradas en el hemisferio. El desarrollo de una economía básicamente agraria primero (1789-1865) e industrial después (1877-1890) no requirió de más.

Pero hacia la última década del siglo diecinueve este proceso se había agotado, y pronto los norteamericanos conocerían las calamidades de una depresión (1893); los signos de esta crisis se hicieron visibles en el campo y en la ciudad y a ellos respondieron los trabajadores urbanos y rurales. Los granjeros, golpeados por los bajos precios de los productos agrícolas, los altísimos costos del transporte ferroviario y las hipotecas que pendían amenazantes sobre sus propiedades, organizaron el movimiento populista y, más tarde, el partido del mismo nombre.⁷ Las masas obreras, acrecentadas con las migraciones recientes de europeos meridionales y judíos que llegaron a Norteamérica perseguidos por el hambre, las epidemias o los movimientos antisemitas, formaron agrupaciones obreras, se sumaron al partido socialista encabezado por De Leon o fundaron grupos anarquistas que expresaron su inconformidad en numerosísimas y significativas huelgas —como la de los trabajadores ferroviarios de la compañía Pullman a la que se unió la American Railroad Union con Eugene Debs en 1894; la huelga de los trabajadores acereros de Carnegie en Homestead, Pennsylvania, o la de los mineros de Coeur d’Alene, Idaho, en 1892, donde se aliaron obreros y agricultores dando muestras de la extraordinaria combatividad del movimiento conjunto de trabajadores agrícolas e industriales.

Tal como Henry George escribió en su obra *Progress and Poverty*, en 1879:

La presente centuria ha estado marcada por un crecimiento prodigioso en la producción de riqueza. . . Era natural esperar y así se esperó que la pobreza real se convirtiera en cosa del pasado, [pero] para las masas de nuestro pueblo no es más fácil sobrevivir ahora. Por el contrario, se ha vuelto más duro.

En este contexto se enmarca la lucha de los eternos deudores, que buscaron un breve alivio en la acuñación de la plata, pues, según sus previsiones, ello provocaría el aumento del circulante, levantaría la actividad económica, mejoraría los precios agrícolas,

⁷ El partido Populista se fundó en Omaha en 1892.

reactivaría la actividad industrial y, en fin, traería de nuevo la prosperidad a Norteamérica.

Pero la crisis económica y el “fin de la frontera”, que coincidieron justamente en los años noventa, no pudieron ser vistos por la élite de los grandes capitanes de empresa y los políticos norteamericanos como la crisis del sistema capitalista; la concibieron —de acuerdo con su tradición expansiva— como una crisis de *espacio del sistema*.⁸ Así pues, “. . . más que involucrar ajustes internos, la crisis impuso el grandísimo correctivo del corrimiento de la *frontier* norteamericana hacia el mundo”.⁹ Los Estados Unidos debían volver al camino de la prosperidad por la vía del imperialismo, habría de darse el viraje contundente hacia la república imperial en lo externo, y sancionar en lo interior el camino del monopolio.¹⁰ Además esta solución tenía la enorme ventaja de dar salida al creciente descontento y efervescencia social del fin de la centuria y terminaría por liquidar las inquietudes de los “extremistas”, “agitadores”, e “incendiarios” anarquistas, socialistas o simplemente populistas.¹¹

Así lo entendieron prominentes ideólogos y políticos como el almirante Alfred T. Mahan,¹² el pastor Josiah Strong,¹³ el Se-

⁸ José Luis Orozco, *El testimonio político norteamericano 1890-1980*, 2 vols., prólogo, selección, traducción y notas de José Luis Orozco, México, SEP/UNAM, 1982, p. 62.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Charles and Mary Beard, *op. cit.*, p. 320.

¹² Mahan escribió *The Influence of Seapower upon History. 1660-1783* (1890) y *The Influence of Seapower upon the French Revolution. 1793-1812*. Consideró la absoluta necesidad de ocupar puntos clave para la seguridad nacional en vastas áreas marítimas y pensó en el Mar Caribe como el *Mare Nostrum* de los Estados Unidos. El Caribe aseguraría la hegemonía norteamericana en el hemisferio y consolidaría la unidad estadounidense, mediante el libre acceso al canal interoceánico; la cuenca del Pacífico constituiría, según este esquema, un espacio de seguridad e interés nacional estadounidense. Mahan señaló también con claro lenguaje spenceriano que las naciones debían luchar por su supervivencia y, a menos que los Estados Unidos fueran poderosos en esa lucha, perecerían.

¹³ Strong advirtió en su obra *Our Country* sobre el peligro de que los Estados Unidos se volvieran socialistas y, creyente convencido del Destino Manifiesto, aseguró que la raza anglosajona había sido elegida por Dios para civilizar al mundo, y su mayor responsabilidad era realizar esta cruzada. Véase Charles and Mary Beard, *op. cit.*, pp. 319-20.

nador Beveridge,¹⁴ el mismo Teddy Roosevelt,¹⁵ y tantos otros que, apoyados en el darwinismo social, basados en una teología y una ciencia al servicio del imperio, reivindicaron para los Estados Unidos el título divino y natural de pueblo predestinado.¹⁶ Con estas convicciones y con el ánimo hegemónico muy en alto, los Estados Unidos se dispusieron a incursionar en la aventura imperialista al morir el siglo XIX.¹⁷

Ésta fue la otra América que José Martí advirtió; de ahí sus llamados de alerta a los pueblos hispanoamericanos, a los que pidió cerrar filas ante la amenaza imperial:

j... los árboles se han de poner en fila para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.¹⁸

Y añadió:

Pero en el amasijo de los pueblos se condensan en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos de ensanche y adquisición, de vanidad y avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un periodo de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara percederas e inferiores.¹⁹

¹⁴ Jeremiah Beveridge (1862-1927) consideró el militarismo como un nacionalismo aglutinador del Norte y el Sur, de agricultores y banqueros, de trabajadores y empresarios. Al igual que tantos otros aseveró que los Estados Unidos eran el pueblo escogido por Dios como portador último de "la carga del hombre blanco", y que tal apostolado conllevaba derechos sobre Canadá y México. Véase José Luis Orozco, *op. cit.*, pp. 63-6.

¹⁵ Sobre los teóricos y "prácticos" del imperialismo véase José Luis Orozco, *op. cit.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 62.

¹⁷ No es casual que hacia 1890, los Estados Unidos, antes cautelosos y aun tímidos en sus pretensiones sobre el mercado chino, intervinieran de manera abierta en la expedición de las potencias —Inglaterra, Francia, Alemania, China y Rusia— en la represión de la Rebelión de los Boxers, y lograran establecer esa política de "condominio comercial", conocida como *open doors*.

¹⁸ José Martí, *Nuestra América*, p. 5.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-14.

Martí distinguió el ímpetu voraz de la América europea y supo ver sus verdaderos proyectos en los mercados de la América Hispana, cuando los delegados del continente eran solícitamente galanteados por el Panamericanismo del “astuto” Cleveland en el congreso de Washington, y señaló

... que no es para decidir sino para mostrar a los huéspedes la grandeza y esplendidez de las ciudades y aquella parte de las industrias que se puede enseñar, a fin de que se les arraigue [a los delegados] la convicción de que es de la conveniencia de sus pueblos comprar lo de éste y no de otros, aunque lo de éste sea más caro sin ser del todo mejor, y aunque para comprar de él hayan de obligarse a no recibir ayuda ni aceptar tratos de ningún otro pueblo del mundo.²⁰

El prócer de Cuba vio diáfano que aquella reunión obedecía a los intereses de industriales necesitados de consumidores y a los apetitos de las compañías de buques interesadas en la apertura del canal de Panamá,²¹ y alertó a los pueblos de la América mestiza:

Jamás hubo en América, de la independencia acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos, potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo.²²

No en balde la obra *Nuestra América* nació de aquel convite por el que Martí invitó a los pueblos hispanoamericanos a declarar su segunda independencia.²³

El cubano puso sobre aviso acerca de la peligrosa tendencia a tratar de reproducir el modelo liberal norteamericano.²⁴ “Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más nece-

²⁰ José Martí al director del diario argentino *La Nación*. Nueva York, 28 de septiembre de 1889, en José Martí, *Política*, p. 145.

²¹ José Martí al director de *La Nación*. Nueva York, 2 de noviembre de 1889, en *op. cit.*, pp. 157-158.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ “A adivinar salen los jóvenes al mundo con antiparras yanquis o francesas y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen”, José Martí, *Nuestra América*, p. 8.

saria”²⁵ dijo, y advirtió a aquellos jóvenes que salen a “adivinar el mundo” con “antiparras yanquis o francesas y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen”.²⁶ Observador agudo, señaló la incongruencia de nuestros países con aquellas instituciones heredadas de más de cuatro siglos de prácticas²⁷ y demandó la formación de modelos políticos propios, puesto que aquéllos tan admirados tienen sus propias lacras.

Conocedor profundo de la realidad norteamericana, supo avistar el peligro que esta república imperial representaba para Hispanoamérica y luchó con la pluma y con la espada para que esto no sucediera. Testimonio postrero son las cartas a su amigo mexicano Manuel Mercado desde el Campamento Dos Ríos, en su natal Cuba, a donde había ido a luchar por la independencia:

... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber ... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.²⁸

El conocimiento penetrante de Angloamérica llevó al cubano a advertir a la América española sobre los designios imperiales norteamericanos, a lanzar sus llamados de unidad; el entendimiento de la otra América le permitió definir con finura la esencia de la Nuestra.

²⁵ *Ibid.*, p. 8.

²⁶ *Loc. cit.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ José Martí a Manuel Mercado. Carta de despedida. Campamento Dos Ríos, 18 de mayo de 1895 en José Martí, *Política*, p. 322.